

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administracion en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenecen.—El precio de suscripcion es el de DOS reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

La conquista del Perú, por X.—Ay mas allá! novela, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Salve á la Virgen de los Dolores, poesía, por Rafael Aranda Rueda.—Las maravillas del mar, por X.—Correspondencia.

GLORIAS DE ESPAÑA.

CONQUISTA DEL PERÚ.

(CONTINUACION.)

V.

Cuando los españoles despues de veinte dias de navegacion, descubrieron las costas del Perú en 1526, quedaron agradablemente sorprendidos á vista de campos siempre cubiertos de verdor, esmaltados de flores y con todas las señales de un esmerado cultivo. Particularmente las orillas de los rios, humedecidas por las aguas subterráneas, ofrecian el alhigüeno cuadro y bellezas de una perpétua primavera. Al establecerse despues en varios puntos de aquel pais, si grande era la sorpresa de los naturales á vista de los españoles, no era menor la de estos al descubrir por todas partes las pruebas de una riqueza y civilizacion desconocidas entre los indios. El primer cuidado de Pizarro fué enviar la embajada de costumbre al Inca soberano del pais, para que reconociese al Emperador y rey de España que le

enviaba á sus dominios, ofreciéndole en su nombre amistad, alianza y proteccion.

El rico y dilatado imperio del Perú, se hallaba por entonces agitado de funestas guerras civiles. El principe Huayna Capaz habia tenido un hijo en la sacerdotiza del Sol, y era tanto el cariño que tuvo á esta muger, que al morir dispuso que este hijo, llamado Hualpa ó Atabaliba, heredase la soberania de Quito, en perjuicio de su hijo primogénito Huascar, á quien por su legitimo nacimiento y costumbres del imperio, correspondian todos sus dominios. Esta disposicion fué el origen de la discordia entre los dos hermanos y causó guerras suficientes por sí solas á arruinar el imperio; aunque Pizarro no hubiese sabido diestramente aprovecharse de ellas. A la llegada del campeon hispano, el principe Hualpa, que deseoso de ensanchar el dominio que su padre le dejara, fué el primero á suscitar la guerra, acababa de vencer y hacer prisionero á Huascar, y como Pizarro aparentase inclinarse al partido de este, como débil y vencido, su embajada no solo fué mal recibida de Hualpa, ufano con su reciente prosperidad, sino que envió á decir á Pizarro:

—Que él mismo iria á llevarle la respuesta y que no se admirase si al verificarlo llevaba consigo un ejército, porque esta era la costumbre de los soberanos del pais.

Procedia en esto el Inca conforme á la opinion

que tenían los indios, de que había de deslumbrar y aterrar á los estrangeros la ostentacion de su poder y grandeza, cuando solo servía para escitar su valor y su codicia. Pizarro sospechó los designios del Inca y conociendo que al fin seria preciso venir á las manos, ordenó su pequeña hueste, en que se contaban doscientos cincuenta infantes y sesenta cañones pequeños, y siguió su camino en buen orden de guerra, confirmándose á cada paso en sus sospechas al ver los corredores indios que venían sin cesar á explorar y reconocer el ejército. En Caxamarca empezaron á avistarse las tropas del emperador, y los españoles contemplaron asombrados y recelosos aquella muchedumbre que pasaba de cuarenta mil hombres, adornados con distintos trages, guardando cierta regularidad en el orden y manejo de sus armas, y marchando al son de instrumentos de guerra. No obstante, cuando descubrieron la rica litera del Inca, guarnecida de láminas de oro, y llevada por personajes adornados de oro y pedrería cual si fuesen soberanos, cuando comprendieron en fin que de aquella jornada no podía menos de resultarles gloria y riqueza, el que mas y el que menos ansiaba que se viniesen á las manos.

Pizarro conociendo que un golpe de fortuna podía hacerle dueño á poca costa de tan vasto imperio, dispuso su pequeño ejército en orden de batalla, emboscó los arcabuceros en un sitio en que fuese aun mas sorprendente el efecto de las armas de fuego y aprestó la caballería para cargar á la menor señal.

Razones de política y de prudencia aconsejaban como preferibles los medios amistosos, y Pizarro creyó de su deber salir al encuentro del Inca y hacerle el debido acatamiento. Adelantóse acompañado del misionero Valverde y de solos catorce hombres, escogidos entre los de buen temple; pero el emperador, conforme se había sospechado, no quiso avenirse á ningun convenio, ni reconocer al rey de España y menos pagarle tributo, porque había llegado allí, para hacer entender á aquellos audaces estrangeros, que despues de los dioses no había en el mundo mas soberania que la suya. Como Valverde le hablase en nombre del Dios verdadero, manifestándole abierto el libro de los evangelios, el Inca que ni quería, ni podía entender sus palabras, tomó violentamente el libro de manos del misionero y le arrojó contra el suelo con despreciativo ademán. Esta accion fué como la señal del combate: los españoles empezaron á retirarse indignados hasta encontrarse protegidos por los suyos, y entonces se generalizó la batalla.

A pesar del efecto de las armas de fuego, de los ataques de la caballería y de la táctica superior de los españoles, se hallaban estos en grandes apuros envueltos por aquella multitud de indios que se suce-

dian sin cesar, cuando Pizarro conociendo que todo pendía de la suerte del Inca, atacó decididamente á la guardia que escoltaba las andas; pero aquellos leales vasallos ostinados en una heroica resistencia caian gustosos á vista de su soberano, y solo por encima de sus cadáveres pudo llegar Pizarro hasta el emperador á quien hizo prisionero.

La desgracia del Emperador no solo decidió la victoria á favor de los españoles, sino que puso término á la resistencia que estos pudieran encontrar, y les hizo dueños de sus riquezas y su imperio, puesto que el consternado monarca prometió á Pizarro cuanto este quiso exigir. Su muerte acaecida más adelante, no fué ocasionada por un inhumano alarde de crueldad por parte de los vencedores, sino por la dificultad que estos tenían en custodiarle en lugar seguro contra las tentativas que sus parciales hacían para libertarle, y más que todo por el despecho que se apoderó de los españoles al saber que el Inca lejos de cumplir lo pactado, había mandado arrojar sus tesoros en los lagos más profundos, y muy particularmente la gran cadena de oro de setecientos piés de largo, mandada construir por Manco Capaz para que diese vuelta á toda la plaza de Cuzco: joya que los españoles apetecían como la maravilla del mundo en este género, como el mejor trofeo de su conquista.

Los indios que habían mirado la derrota del último Inca con un castigo de su impuro origen y de las profanaciones de su padre, celebraban los triunfos de los españoles y aplaudían en sus cánticos á Pizarro como al verdadero hijo del sol.

Estos fueron sus días más felices porque aun no habían estallado entre los conquistadores de esta parte del mundo aquellas discordias, que, si no fueron suficientes á impedir que el gobierno español quedase en ella establecido, bastaron para que enrojeciesen con su propia sangre los laureles de sus victorias.

Una alegre turba salía entonces al encuentro de los españoles en caminos sembrados de flores y adornados de telas y banderolas.

Pizarro, el aventurero de humilde origen, árbitro de un grande imperio, veía millares de súbditos prosternarse á sus piés y verificaba su entrada triunfante bajo sus pórticos.

Si Pizarro fué tal vez entre los conquistadores del nuevo mundo, el que padeció mas desgracias y corrió mas peligros, su triunfo el mas señalado, fué correspondiente á la paciencia con que había sabido sufrirlas, y al valor con que había sabido vencerlos.

F. F. V.

À CÁDIZ.

*¡Cuán hermosa es la Ciudad
Que entre las ondas azules,
Retratando su beldad,
Parece ondina, entre tules
Recatando su Deidad!*

*¡Cómo atreverme á cantarte,
Linda perla gaditana,
Si en mi oído en este instante
Resuena del gran Quintana
El canto divo y brillante?*

*Me palpita el corazón,
La duda asalta mi mente;
Es grande mi admiración:
Y mi deseo vehemente;
¡Más dó hallar la inspiración?*

*Mi pobre númen no alcanza,
Á pintar tu hermoso cielo,
Que al alma dá bienandanza:
Lo encantador de tu suelo
Y de tu mar la bonanza.*

*Cádiz és, sin duda alguna,
De la lealtad, el valor
Y la caridad la cuna;
Y este es el timbre mejor;
Entre las glorias que aduna.*

*Con la caridad por lema,
Y esa finura que encanta:
Te ciñes doble diadema;
Una tan cristiana y santa
Y otra que es, social emblema.*

*No estés pues tan abatida
Y sumida en la pobreza?
¡Despierta, ciudad dormida,
Reconquista tu grandezza;
Y alcanza gloria cumplida!*

E. A. R.

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION)

—Oh! exclamó Nina prestando gran atención á las palabras del sacerdote, y yo...

—Tu eres el único afecto que se le conoce: por uno de esos misterios de la providencia, te ama como no ha querido nunca. La primera acción buena y humana que ha practicado hace muchos años, fué recibirte á su lado; sus primeras sonrisas, sus primeras frases cariñosas han sido para tí! ¡Quién sabe, quién sabe si el cielo te destina para arrancar de su alma alguna punzante espina, para enseñarle á creer, ya que le vés enseñando á amar.

El sacerdote conmovido, guardó silencio por algunos instantes y luego continuó.

—Sí, hija mía, cuando sepas ya leer bien, cuando tu voz inocente y pura pueda hacer sonar en su oído las palabras del Evangelio estampadas en los sagrados libros, entonces ese pobre anciano será mas feliz acaso, porque sabrá que hay un Dios que cuenta nuestras lágrimas y nuestros dolores, que premia y castiga; sabrá que la tierra es un camino yamas suave, yamas penoso, pero camino al cabo que termina, que tiene fin, y á cuyo término está Dios!

Sabrá por último, hija mía, que hay mas allá!

Las palabras del ministro de Dios conmovieron á la niña, aunque no podía medir la gravedad que encerraban: pero sin embargo ella anhelaba otra cosa mas perceptible para su inteligencia, mas fácil aun, menos abstracta.

Dió su lección con afanoso cuidado, puso gran empeño y aplicación en ella, como si en un solo día hubiera querido penetrarse de lo que le quedaba aun por aprender, y luego salió de la casa de su maestro, mas preocupada aun de lo que habia venido á ella.

Pobre Nina! queria resolver en un momento y por sí sola el gran problema que la mayor parte de la humanidad lucha en vano por descifrar.

Quería á los cho años hacer lo que muchos no consiguen realizar nunca!

Quería alejar la miseria de sus bienhechores por medio del trabajo.

Y para esto no contaba con apoyo alguno, pues una joven ciega y un anciano enfermo, son en verdad dos auxiliares bien inútiles.

La niña durmió poco aquella noche.

Siempre el pensamiento de que Lucía se sacrificaba por ella, y de que constituía una carga superior á sus fuerzas, la preocupaba sin poder deshecharlo, aunque á la verdad, Nina pensaba todo esto sin explicárselo, inconcientemente, pero con una firmeza tal, que no lo olvidaba ni un momento.

Despertose mas temprano que otros dias, y mientras se vestia dijo á la ciega que se preparaba á salir.

—A dónde vas todos los dias tan de mañana, madre?

—Voy, hija mia, respondió la joven, á hacer algunos encargos que me mandan.

—Y para qué haces eso?

—Porque es preciso: los que me envían me suelen dar alguna cosa, y nosotros necesitamos tanto que nos den!

—Y puedes tu cumplir lo que te mandan, madre.

—Sí, por que mi buena voluntad suple á mi falta de vista.

—Quieres que vaya contigo y te ayude? murmuró Nina con cariño.

La ciega la estrechó entre sus brazos y la colmó de cariños.

—Benditas seas, dijo, bendita seas por esa buena voluntad!

La niña sintió algo frio caer sobre su pequeña mano; bajó los ojos y vió entre sus dedos una gota de llanto.

La ciega lloraba de gratitud al escuchar sus palabras, y aquella lágrima sublime atrajo otras á las pestañas de Nina.

Oh! aquella tierna criatura tenia un hermoso corazon.

Lucía se marchó llevando un mundo de alegría en el alma.

Ya tenia quien la amase, ya tenia quien quisiera compartir con ella sus trabajos!

Nina, sola en la casa, puesto que Agustin dormia aun, la arregló lo mejor que pudo, y despues puso un pañolito sobre sus rubios cabellos, y salió á la calle tambien.

A dónde iba?

No lo sabia aun, pero queria buscar el medio de ganar algun dinero.

No lo hacia tambien la pobre Lucía?

Animada por este deseo, penetró en algunas casas del pueblo, y ofreció sus trabajos con su voz infantil y su tímido acento.

Pero en ninguna parte quisieron admitir sus servicios.

Eres tan niña!

Que podia ella hacer!

En todas partes le daban la misma respuesta y la despedían sin oirla.

Desanimada por esta primera tentativa, anduvo errante por algun tiempo, hasta que cansada y afligida se encontró á la salida del pueblo, cerca de un vallecillo oculto con la sombra de algunos árboles, y cruzado por un arroyo claro y trasparente como el alma inocente de Nina.

Allí se sentó un momento para descansar antes de volver á su casa.

Por aquel valle perfumado se estendia una corta senda que conducia al camino real.

Nina vió pasar mugeres con canastas de legumbres y frutas, con aves, con toda clase de mercancías que iban á vender en el mercado de la ciudad vecina que distaba á lo mas media legua de allí.

Nina las miraba tristemente, envidiándolas en secreto.

En medio de sus reflexiones vió detenerse ante ella una joven, lijera, limpia y risueña, con una gran cesta de flores al brazo.

Púsola en el suelo, y sumergiendo sus manos en el arroyo, comenzó á rociarlas con el agua que contenía.

—Oh! murmuró Nina suspirando, que flores tan hermosas!

—Sí, contestó la joven mirando complaciente á aquella niña tan palida y enflaquecida, están muy hermosas y llenas de perfumes!

—Para qué son? preguntó esta, animada por la bondad de la desconocida.

—Toma! para venderlas en la ciudad.

—De veras?

—Y á buen precio por cierto, todos los dias despacho una cesta como esta, y vuelvo antes de dos horas con mi dinero, bien satisfecha de mi industria.

—Con que tambien se compran las flores? preguntó Nina con afán.

—Ya lo creo! pero adios hija mia; nopuedo detenerme, que se hace tarde para la hora de la venta.

Apenas la florista habia desaparecido de la vista de Nina, esta se levantó y empezó á mirar entre la yerva.

Multitud de violetas ocultaban entre las hojas su caliz perfumado, creciendo á la margen del arroyuelo.

La niña las contempló con alegría, pero no tocó á ninguna.

—Oh, sí, dijo; ante todo es preciso un cestito para llevarlas; si yo pudiera buscar uno!

Y se dirigió de nuevo al pueblo llena de gozo con sus proyectos.

Yo no sé de donde, pero cuando por la noche Nina se fué á recojer en su pobre lecho, ocultaba en un rincón y con gran cuidado un cestillo pequeño y viejo, como un inestimable tesoro.

Al día siguiente caminaba entre las gentes que cruzaban el camino real, llevaba unos ramitos de violetas, cogidos por ella á la margen del claro arroyo, junto al cual se habia sentado el día anterior.

Su ángel de la guarda la acompañó sin duda, pues aquellas flores fueron vendidas todas y Nina volvía al pueblo dos horas despues, cansada, jadeante pero con algunas monedas de cobre en el bolsillo.

Su alegría no tuvo igual cuando entregó aquel dinero á Lucía.

Esta la abrazó mucho, lloró mucho también, y dió gracias al cielo bendiciendo el momento en que se habia constituido en madre de Nina.

En cuanto á Agustín, por primera vez, desde hacia muchos años, en sus pálidos labios se escuchó el eco de una bendición.

¿Era que el anciano, creyendo en los angeles, empezaba á creer en Dios, ó que aquella niña despertaba en su alma sentimientos de amor dormidos enteramente hasta entonces? ¿quién sabe? ¿quién puede decirlo?

Hay seres que son mensajeros de Dios, y que como tales tienen el privilegio de conmover las almas mas frías.

Desde aquel día, Nina pudo añadir algo al corto haber de la miserable familia que era la suya, y contribuyó con Lucía á hacer menos penosa la miseria que rodeaba á Agustín.

V.

No solo con el producto de la venta de sus flores compensaba Nina lo que sus bienhechores hicieron por ella, si no que, beneficio de mas precio aun, derramaba en el corazón de Agustín las purísimas flores de su alma casta y virginal y creyente.

Educada bajo la inteligente y dulce mirada de aquel venerable y santo anciano, Nina reunía á una piedad sencilla, un fervor ardiente, y una caridad superiores á sus años.

Humilde, obediente y buena, aquella alma formada al dulce calor de una religion todo bien y todo abnegación, se parecía á uno de esos aza-

hales llenos de suaves perfumes, que embalsaman todo el aire que tienen en torno.

Con el afán de complacer al buen párroco, á quien amaba como á un padre, la niña habia estudiado sus lecciones con tal aplicacion y tal esmero, que al poco tiempo ya podia leer clara y correctamente en los libros que la daba el ministro de Dios.

El padre Antonio, cómo le llamaban sus feligreses, estaba satisfecho de Nina, y pedía á Dios para aquella criatura un porvenir mejor que el presente que la rodeaba.

Todas las noches cuando se sentaba en torno del hogar, la niña se colocaba cerca de Agustín y al lado también de Lucía, y con su voz argentina y dulce leía algunas páginas escogidas por el sacerdote, que daban á la ciega luz suficiente para vislumbrar el cielo, pero que solo conseguían fruncir las cejas de Agustín, y dejarle mas pensativo y preocupado cada vez.

A veces, cuando la niña concluía algun parrafo mas tierno ó mas consolador que los demás, el viejo movía la cabeza y murmuraba con acento sombrío.

—Oh! si eso fuera verdad!

Pero despues y pasada aquella primera impresion, añadía como respondiéndole á sus ocultos pensamientos.

—No, no puede ser! si hubiera Dios, si hubiera providencia, el pobre no se vería escarnecido y humillado siempre. y los ricos serían castigados cuando siembran de angustia y desesperación el alma de un desheredado!

Y al terminar de proferir estas palabras, su rostro se tornaba mas pálido, sus miradas mas sombrías y sus ademanes mas bruscos.

Sin embargo gustaba de oír á Nina, no por las frases que pronunciaba, si no por que el timbre puro de su voz resonaba dulcemente en su alma.

Era su acento lo que le hacía bien tan solo, era su acento lo que conmovía su corazón.

En cuanto á Lucía al escuchar á la hija de su adopción, experimentaba un consuelo purísimo.

Creía que un ángel hablaba por su boca, y la infeliz amaba y esperaba!

Así se pasaban los días para aquella pobre familia.

La miseria no habia amenguado, pero habian acrecido los consuelos.

Todas las mañanas la niña iba á buscar flores á los valles vecinos.

Las violetas parecía que se reproducían al contacto de sus manos, y cada día aprendía á unir las con mas primor.

Algunas vecinas piadosas sabiendo su afán y su virtud, le habrían las puertas de sus huertos

para que en ellos escogiera las mas hermosas flores y formáse sus ramilletes, y aun hubo alguna que la enseñó á confeccionarlos con tal arte, que fueron en breve buscados con mas afán y mejor pagados que los demas.

Nina, animada con el resultado de su industria, pensó en buscar con que aumentarla.

En sus escursiones á la ciudad habia visto otros niños y niñas de su edad vender pájaros, vender fósforos, vender periódicos.

Se reunió con algunos y se informó de lo que les producía aquellas ventas.

—Es preciso que yo mude de oficio, murmuró. Los campos perderán su frescura en breve, los árboles sus hojas, los prados su hermosura, ¿que haré entonces? que será de nosotros?

Y desde aquel dia, y sin decir nada á la ciega, puso á un lado una parte de lo que ganó, y la ocultó bajo la peana de una pobre imagen de barro que representaba á la Virgen María, y que le habia regalado el señor cura.

La niña ponía de este modo sus esperanzas bajo la guarda de la reina piadosa de los angeles.

Así continuó algunas semanas al cabo de las cuales, en secreto y con el mayor cuidado contó su tesoro.

Habia reunido dos escudos!

En el primer momento, la pobre niña hubiera querido emplear su dinero en hacer un regalo á Lucía ó al anciano Agustin.

Hubiera sido tanta su alegría con darles semejante sorpresa!

Pero despues pensó que aquella suma empleada en un centenar de cajas de fósforos le daría una ganancia diaria sin menoscabo del capital.

Tambien podia comprar algunos periódicos y venderlos todos los dias. La cuestion era complicada y difícil de resolver para ella.

Así pues, se decidió á consultar con el señor cura, que cada vez la profesaba un cariño mas estremado.

Cuando el buen anciano oyó de boca de Nina lo que habia hecho, lo que deseaba ejecutar, y el consejo que demandaba, dos lagrimas corrieron por sus mejillas, y alzando los ojos al cielo, murmuró algunas palabras de un modo tal, que solo Dios pudo entender.

—Señor, bendita sea tu providencia que de un modo tan misterioso sabe dar remedio á todos los males. Oh! la infeliz Ana podrá dormir en paz, y el pobre Agustin no podrá quejarse; la reparacion es cumplida! le robaron una muger y le devuelven un angel! El cambio es bien favorable, y yo espero mucho aun!

Despues, y mirando á la niña que aguardaba afanosa su respuesta.

—Dios irá contigo, hija mia, la dijo; ya ves que hasta aquí parece que el angel de la guarda secunda tus deseos y realiza tus buenos propósitos. Sigue pues obrando segun tus inspiraciones, este es el mejor consejo que puedo darte: yo me limitaré á rogar al cielo que te proteja, y á bendecirte sodos los dias!

Nina sintió en su corazon una alegría infinita.

Merecer la aprobacion de aquel santo sacerdote era para ella el colmo de la felicidad.

Sintióse satisfecha de sí misma, y oyó una voz penetrar en el fondo de su alma que la repetía muy quedo y muy dulcemente.

—Bendita seas! haces muy bien!

Besó la mano de su protector y maestro, y salió de allí radiante y gozosa como nunca.

A la mañana siguiente, la ramilletera se transformaba en fosforerita, y merced á este cambio las ganancias siguieron todo el invierno sin interrupcion.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SALVE; Á LA VÍRGEN DE LOS DOLORES.

*Dios te salve, Reina y madre
de misericordia fuente,
hija del Eterno Padre
y llave de oro que abre
la gloria al mortal creyente.*

*Tú eres la vida y dulzura
que en este valle de pena,
dà consuelo en la amargura
á la afligida criatura,
siempre de miserias llena.*

*Eres tú, nuestra esperanza
oh, pura Virgen María,
eres arca de alianza,
iris de paz y bonanza
y luz, que al cielo nos guia.*

*Dios te salve; á ti llamamos
los miseros hijos de Eva,
á ti todos suspiramos
Virgen potente, y clamamos
á tu amor, que al bien nos lleva.*

*Siempre gimiendo y llorando
al venir á la existencia,
el valle vamos cruzando
de lágrimas, implorando
tu inagotable clemencia.*

*Ea, pues, madre indulgente,
del cristiano bella aurora,
muestra tu mano clemente
y aplaca del Dios potente
la justicia gran señora.*

*Pues eres nuestra abogada
vuelve á nosotros tus ojos,
y su divina mirada
siempre en amor inflamada
trueque en flores los abrojos.*

*Y despues de este destierro
preséntanos á Jesús,
haz que del pecado el yerro
nos perdone, por el hierro
que abrió su Pecho en la cruz,*

*Que siendo Él fruto bendito
de tu vientre virginal,
hay por tu amor infinito
perdone nuestro delito
con su bondad celestial.*

*Sé, pues, nuestro dulce amparo
Virgen clemente y piadosa,
sé, tú, siempre nuestro faro
y nuestro afecto más caro,
Madre misericordiosa.*

*Nuestro lema y pensamiento
oh! siempre Virgen Maria,
Sea tu afan y tormento,
tu pena, tu sufrimiento
y tu angustia y tu agonía.*

*Para que unidos contigo
oh! santa Madre de Dios,
triunfemos del enemigo
y tu pecho nos de abrigo
al darle al mundo el adiós.*

*Ruega pues por nós, Señora,
para que dignos seamos,
de alcanzar, luego y ahora,
las promesas que atesora
el alma, y por ti esperamos.*

RAFAEL ARANDA RUEDA.

LAS MARAVILLAS DEL MAR.

LA CIRCULACION OCEÁNICA.

Las aguas del mar están sujetas, como lo están todos los cuerpos que pueblan la inmensidad del espacio, a leyes fijas é inmutables y cuyo agente principal, el calor solar, origina en su masa, esa circulación incesante que en todas las estaciones y en todos los momentos, sigue su complicada ruta, como impulsada por una fuerza misteriosa.

Cuando el astro rey de nuestro sistema, el poderoso Sol, fija sus ardientes rayos, sobre la superficie de los mares, evapora constantemente sus aguas, rompiendo el equilibrio de dos regiones acuáticas, siendo causa principal del incesante movimiento de esas masas inmensas de agua que recorren millares de leguas en medio del Océano, siempre en la misma direccion, encauzadas en el alveolo liquido de las aguas adyacentes; venas y arterias de un gran sistema circulatorio, que unas veces se deslizan sobre la superficie, y taladran otras la masa líquida del mar á enormes profundidades, desempeñando un admirable papel en las armonias del globo y constituyendo uno de los fenómenos más maravillosos que el hombre descubre en las innumerables maravillas que le cercan.

Vamos á ver el origen de esa continua circulación que tan importante papel desempeña en las armonias del mundo acuático. La acción del sol, hiriendo muy débilmente las zonas polares, y con mucha intensidad, la zona tórrida, establece una notable diferencia de temperatura entre estas aguas, y por consiguiente una varia densidad entre las mismas, pues las unas se contraen por el frio y las otras se dilatan por el calor, rompiéndose el equilibrio entre los diversos climas, originando las bellas armonias del mar, transportando hacia los polos las aguas calientes de los trópicos, y llevando á las comarcas tórridas el agua fria de las regiones glaciales. La sal que en cantidad de setenta millones de millones se halla disuelta en las aguas de los mares, se regula en un tres por ciento del peso total del elemento líquido; y gracias á esta profusion las aguas marinas alcanzan el maximum de densidad con la temperatura de dos grados bajo cero. Cuanto mayor es la evaporacion, más se condensan las aguas por contener igual cantidad de sal, en menos cantidad de agua y obediente éste á la gravedad, desciende con rapidez hácia el fondo, originando una corriente vertical descendente, que da lugar á otra ascendente, debida á las capas de agua ligeras que suben á la superficie, para restablecer el equilibrio. Contribuyen además en la formacion de las corrientes, las erupciones volcanicas submarinas, la rotacion de la tierra, la propagacion de la marea, la electricidad y el magnetismo.

Entre las principales corrientes que merecen citarse en estos ligeros bosquejos de geografia fisica del mar está, la poderosa arteria Atlántica, llamada Golfo-Salt

por los ingleses. Forma esta corriente dice, Maury, «un río caudaloso que atraviesa por medio del Océano, sin que tenga alteracion en las grandes sequías, ni jamás salga de madre en las mayores avenidas. Su lecho y sus orillas están constantemente más frias que la masa templada de su cauce. Nace en el seno Mejicano, y se prolonga hasta el Mar Altico, no habiendo noticia de que exista en el mundo un brazo de agua más grandioso. El color de sus aguas, es azul oscuro, y tan distinto del mar que cruza, que á simple vista pueden marcarse sus límites.» Origina-se esta poderosísima corriente en el golfo de Méjico, sus aguas son más cálidas y saladas que las que le sirven de cauce; rápida é impetuosa corre al N. costean-do la península de la Florida y Estados- Unidos, baña el Cabo-Hateras, y al llegar á los treinta y cinco grados de latitud, se dirige suavemente hácia Europa, para ascender de nuevo, sigue su curso por debajo del banco de Terranova en donde se bifurca para dar lugar á dos brazos, el derecho se dirige al N. E., pasa rozando las costas más occidentales de Europa, baña la Noruega yendo á aumentar las aguas glaciales del polo; el otro curva al S. E., se dirige luego al S. y desciende por entre las islas Azores, Madera, Canarias y Cabo-Verde, viniendo á parar al Golfo de Guinea.

En este mismo golfo donde muere Gulf-Stran, se origina también la gran corriente ecuatorial, que forma un circuito antiguo con aquella, entre Africa y América. Empiezan á mostrarse sus azuladas aguas, encajonadas en la misma masa líquida del Océano, en la costa del Congo, marcha al O. hasta tropezar con la costa de América, asciende despues paralelamente á las costas de Guayana, Venezuela y Guatemala, atraviesa por el S. el mar de las Antillas y penetra en el golfo Mejicano. Esta gran corriente tiene varios ramales; citaremos los principales: á los quince grados de longitud O. parten dos brazos que se dirigen respectivamente al N. O. y al S. O., este último, llamado corriente del Brasil, se divide en dos, uno que se dirige al S. para morir sobre las Malvinas, y el otro que describe casi un círculo subiendo por las costas occidentales del África en donde acaba.

Otras muchas corrientes de menor importancia existen en el mar, que no detallaremos en este ligero estudio y cuyo conocimiento es de imprescindible necesidad para el navegante.

Toda, absolutamente toda la materia, ya se nos presente en el estado sólido, líquido ó gaseoso, está sujeta á leyes fatales, á moverse constantemente en determinadas órbitas, para originar las infinitas armonías del Universo.

X.

CORRESPONDENCIA.

Zalamea la Real. Queda abonado hasta fin de Junio del 80 con los 24 rs. que ha remitido.

Badajoz. Señor don L. D. de la C., queda satisfecho hasta fin de febrero del 81.

Sotillo. Señora doña B. V., y D. M. E., manifiesto á ustedes que por conducto de don N. E., he recibido los 48 rs. deja pagada la revista hasta fin de diciembre del 80.

Capsech. Señora doña F. D., recibí los 12 rs., deja abonado hasta fin de febrero del 80.

Huelva. Señor don F. C., queda hecha la suscripcion y abonada hasta fin de junio del 80.

Chantada. Señor don F. F. R., en nuestro poder los 12 rs.

Isla de S. Fernando. Señor don J. M. L., recibí los 64 rs. que envia por su hijo, dejando abonado hasta fin de diciembre del 80. Remitimos los números que le faltan.

Malanza. Señor don F. R., le enviamos los números que pide.

Mairena del Alcor. Señor don J. G. P., recibí los 16 rs., queda hecha la suscripcion de las señoras de S. abonando estas hasta fin de junio del 80, y usted con los 4 rs. hasta fin de diciembre del 79.

Realejo Alto. (Canarias.) Señora doña G. Z. de G. recibidos los 70 rs., con los cuales deja abonado hasta fin de setiembre del 80.

Colmenares. Señor don M. de P. con los 22 rs. que envia deja abonado hasta fin de marzo del 80.

Ciruela. Señora doña M. Q., recibí los 16 rs., queda abonada la suscripcion hasta fin de abril del 80.

Ceuta. Señor don J. G. N., recibidos los 16 rs., deja pagado hasta fin de diciembre del 80; cumplido su cargo.

Estepa. Señora doña J. L. S., recibidos los 24 rs. con los que deja pagado hasta fin de octubre del 80.

Redondela. Señora doña M. P., se recibieron los 24 rs.

Frechilla. Señora doña T. J., recibimos los 20 reales. deja abonado hasta fin de octubre del 80. Le remitimos los números que pide.

Olivares del Jucar. Señor don Z. B., quedan anotados como indica los 16 rs.

Salinas de Medinaceli. Señor don N. S., deja abonado hasta fin de abril del presente.

Salas de los infantes. Señora doña M. de J., recibí los 28 rs., queda abonado hasta fin de diciembre del 80.

Toledo. Señor don A. P., recibí los 8 rs.

Talavera. Señora doña P. E. M., recibí los 16 rs. deja pagada la revista hasta fin de diciembre del 79.. Le remitimos los números que le faltan.

Valle de Abdalajís. Señora doña R. A. C., se recibí ron los 12 rs., deja pagado hasta fin de abril del 80.

Zaragoza. Señora doña M. P. O., recibidos los 24 rs. deja pagado hasta fin de diciembre del 80.

Sepúlveda. Señor don J. F., recibí los 12 rs., deja pagado hasta fin de abril del 80.

La Laguna. Señor don S. B., recibimos los 20 rs., *Belarcazar.* Señora doña P. S., recibidos los 16 rs., con los que deja abonado hasta fin de junio del 80.

Huesca. Señor don R. V., queda hecha la traslacion.

Santiago. Señor don A. M. de R., pagado hasta fin de diciembre del 80.

Santa Olalla. Señor don J. M. G., queda abonada la suscripcion de doña M. J. P. hasta fin de diciembre del 79.

Tarifa. Señora doña T. L., Quedan abonadaa las suscripciones de doña J. S., doña F. S., doña A. P., doña J. G., doña F. L. y la de usted hasta fin de abril del 80.

La Directora.

Gianana:—Imprenta de «La Madre de Familias»